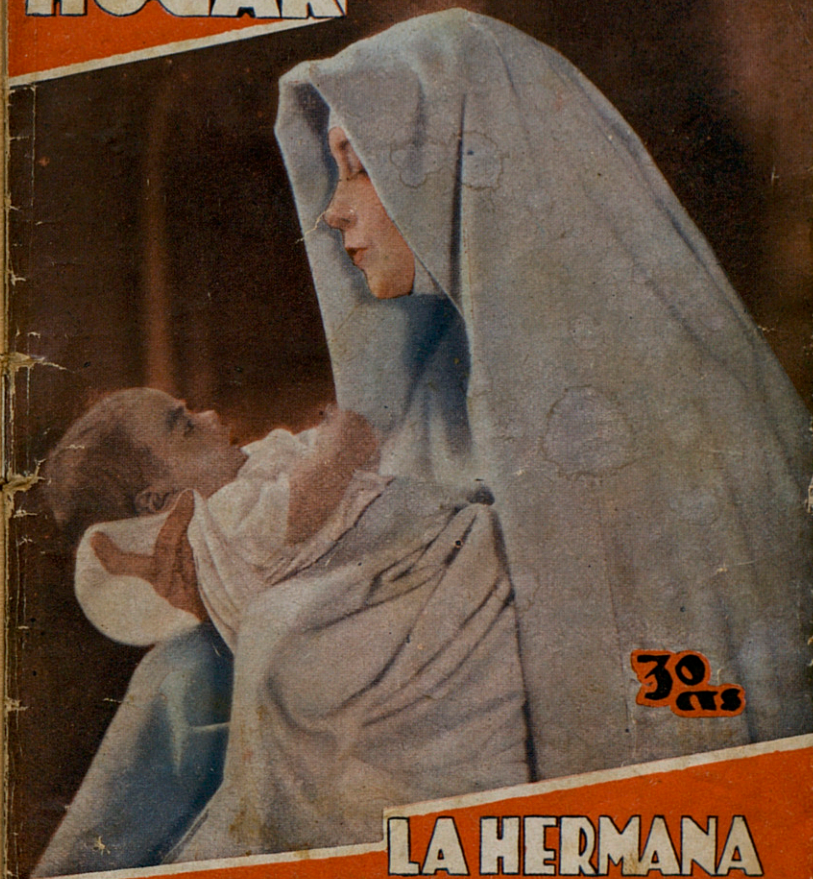


NOVELA CINEMATOGRAFICA
EL
HOGAR



30^{rs}

**LA HERMANA
BLANCA**

LILLIAN GISH
RONALD COLMAN

EDICIONES BISTAGNE

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

Año I **Francisco-Mario Bistagne** Núm. 18

La hermana blanca

Inolvidable producción dramática, interpretada por la exquisita «estrella» **Lillian Gish** y el admirado **Ronald Colman**, secundados por notables artistas americanos e italianos.



Selecciones Capitolio
de

S. HUGUET

Provenza, 292

BARCELONA

POSTAL-REGALO: **RAMÓN NOVARRO**

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

Revisado por
la censura

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

La hermana blanca

Argumento de la película

1

En los alrededores de la ciudad de Nápoles, sobre una campiña se yergue amenazador el cráter del Vesubio, vivía el príncipe de Ghiamonte con sus dos hijas: Marta, que había heredado de su madre, la marquesa de Mola, sus instintos perversos y ambiciosos, y Angela, hija de un segundo matrimonio, humilde y bondadosa como la modesta mujer que murió al darle el ser.

Comendador de la orden de Malta y muy apegado a la tradición religiosa de su familia,

el Príncipe tenía prohibido a sus hijas la entrada en el Oratorio del palacio cuando él se hallaba entregado a sus oraciones.

Una mañana, sin embargo, la mayor le interrumpió en sus actos de devoción para decirle:

—Vengo a anunciaros que el conde del Fence y su hijo acaban de llegar.

El señor de Chiaramonte se levantó del cojín en que se hallaba arrodillado y salió a recibir a su visita.

—Pasaremos a mi despacho—les dijo, después de saludarlos con afabilidad.

Marta los siguió con la mirada, hasta que los vió entrar en el gabinete de trabajo del Príncipe. Acto seguido pidió comunicación telefónica con el Observatorio del Vesubio, verdadero laboratorio científico en el que se estudian los misteriosos fenómenos del volcán, suponiendo que, a aquella hora, debía encontrarse allí Juan Servet, capitán del ejército italiano y hermano del Director del Observatorio.

En efecto, así era, y entre el capitán Severi y la primogénita de Chiaramonte, pronto se estableció el diálogo.

—Estoy sola en casa y me aburro. ¿Quiere usted venir a buscarme para que demos un paseo?

—Tengo comprometida la tarde, si no con mucho gusto... Me espera el pintor Osvaldi para enseñarme sus cuadros.

La excusa de Severi hirió en lo vivo a la joven.

—¿De modo que prefiere usted la compañía de un pintor a la mía? Está bien; nunca pude imaginarme que fuera usted tan poco galante con una mujer.

Marta colgó el auricular sin ocultar su despecho, mientras Severi, encogiéndose de hombros, como si no le disgustara haberse librado a tan poca costa de la invitación de la señorita de Chiaramonte, fué a reunirse con su hermano Hugo, preclaro hombre de estudio que cifraba en el Orservatorio todo el orgullo y toda la gloria de su vida.

Una hora más tarde, Angela salía del palacio con su señorita de compañía para dirigirse al estudio de Osvaldi, donde se encontraba Severi, esperándola; entre ellos se había establecido, desde algún tiempo atrás, un vínculo tan poderoso como el del amor.

Marta lo sabía, y como amaba en secreto al capitán, había insinuado a su padre la conveniencia de casar a su hermanita con el descendiente del conde del Fence.

De aquí la entrevista que, en aquel momento, celebraba el Príncipe con el Conde y su primogénito.

Angela desconocía los proyectos de su padre, pues éste no solía consultar con sus hijas ni aun aquellos asuntos que las efectaban directamente; y llena de confianza, ignorando que

se estaba ventilando su porvenir, acudió al estudio del pintor.

La señorita de compañía dejó que la muchacha y el capitán se aislaran para decirse las palabras siempre iguales y que hacen latir siempre, a pesar de su aparente monotonía, los corazones de los amantes.

Osvaldi se detuvo en aquel instante en lo alto de las escaleras que, de sus habitaciones particulares, conducían al estudio. Hasta él llegó el murmullo de las voces que decían cosas de amor, y aunque amaba a la hija menor de Chiaramonte, atraído por el encanto suave que se desprendía de aquella niña tan fina y tan rubia, logró dominarse y, saliendo por donde había entrado, volvió a reaparecer al poco haciendo ruido para hacer notar su presencia.

—Enséñenos el retrato—le dijo Angela, saludándolo.

—Yo también he venido con el deseo de conocer esa obra maestra para la que la señorita de Chiaramonte le ha servido de modelo—observó el capitán.

Ante el lienzo en el que, por un capricho del artista, la joven aparecía envuelta en las albas tocas de las siervas del Señor, se produjo un profundo silencio.

—He retratado el espíritu... no la mujer vestida a la moda... La mirada del cuadro—añadió el pintor—subyuga, impone, invita a la meditación.

—Esta no es la señorita de Chiaramonte—murmuró Severi—. Parece una santa.

—Es una santa de ahora—interrumpió ella—, una de las monjas del hospital de Santa Juana de Aza... una hermana blanca.

—Justamente, ese es el título de mi cuadro ¡la hermana blanca!—confirmó Osvaldi.

Guardaron silencio, impresionados por la ideal belleza que se desprendía de aquel lienzo en que el artista pusiera lo mejor de su inspiración.

A la misma hora, el Príncipe convenía con su amigo las cláusulas del contrato matrimonial que debía unir a Angela y al descendiente del Conde. Chiaramonte comprometíase, con arreglo a este convenio, a hacer testamento dividiendo su inmensa fortuna en dos partes iguales.

—Este matrimonio unirá a dos familias de la más rancia nobleza italiana, las nuestras—dijo el conde del Fence.

—Y dividirá la más grande fortuna de Italia, la mía—concluyó el Príncipe, levantándose y despidiendo a sus amigos.

También Osvaldi despedía entonces a Angela y a Severi, y al estrechar la mano de la joven pensó que ella era una mujer demasiado divina para ser amada carnalmente por los hombres.

Entusiasta de los placeres de la caza, el señor de Chiaramonte salía con frecuencia, acompañado de sus invitados y de Marta, a recorrer los cotos de su propiedad.

Angela, poco aficionada a estas excursiones cinegéticas, solía quedarse con su señorita de compañía.

Una mañana, poco después de la partida de los cazadores, hallándose la muchacha en los jardines del palacio, alzó de pronto la cabeza y miró en dirección del muro, detrás del cual habíase detenido un grupo de gitanos que hacían música y entre los cuales llamaba la atención la presencia del capitán Severi, jinete en un soberbio caballo.

Instintivamente, la joven comenzó a bailar. Poco a poco, fué acercándose a la cerca, atraída por los cantos populares y se encaramó a lo alto del muro..

—¿Puedo asaltar el paraíso?—preguntó Severi.

* * *

Poniéndose de pie en el caballo, el capitán saltó al muro y estrechó las manos de su encantadora amiguita.

—¡Es una locura!—protestó ella.

—Lo que yo deseo es que no sea la última.

Uno de los gitanos encaróse con Angela y cantó:

Napolitana morena
que tienes ojos de fuego
y decires de hechicera...
Por ti yo me moriré;
dame un beso, una moneda
y yo te bendeciré.

Severi arrojó unas monedas al trovador bohemio, y, dando la mano a Angela, descendieron juntos al jardín, yendo a sentarse cerca de un estanque.

—Mañana mismo hablaré al Príncipe—dijo él—. No puedo, ni debo, ni quiero ocultar más tiempo estos amores.

—Hace días que estoy esperando que me hablase de esa manera.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—¡Eso nunca!... Tenía que salir de usted, como ha salido ahora.

Anocheecía. El sol declinaba en el horizonte, ocultándose tras de las montañas lejanas.

Chiaramonte y sus invitados se dispusieron

a regresar, después de haber dedicado toda la jornada a los placeres de la caza.

Los caballos se pusieron al galope. Inesperadamente oyóse un grito, y el padre de Marta perdió el equilibrio, siendo despedido de la montura.

Cuando lo alzaron en brazos ya no respiraba. Se condujo el muerto al palacio, instalándole en una habitación que se convirtió en cámara mortuoria.

Angela apareció en la puerta del *hall*.

—¡Marta!—llamó con angustia.

Y una voz conocida que temblaba recitando la oración de los muertos, desgarró súbitamente el velo de sus inquietudes, poniéndola ante la pavorosa realidad.

Llevóse las manos al rostro y corrió hacia la habitación mortuoria, donde la cogieron los brazos de Monseñor Saracinesca, sacerdote y consejero del Príncipe.

—¡Llora, hija mía! Vierte todas tus lágrimas y purifica en ellas tu dolor.

Fuera, sin que la proximidad de la muerte sirviera de freno, la intriga comenzó a tejer su trama.

Desentendiéndose de las personas que estaban a su alrededor, Marta, que acababa de ser herida por un deseo criminal, dirigióse al despacho de su padre y buscó el testamento que dividía en partes iguales la fortuna del príncipe Chiaramonte. Con él en su poder encami-

nóse a sus habitaciones particulares y prendió fuego a la última voluntad del Príncipe.

—¡Ahora, mío será el Principado y yo seré quien fije sus destinos!—exclamó, consumando su obra de destrucción.

Aquel mismo día, Severi recibía la orden de presentarse en el Gobierno militar de Nápoles, donde se le comunicó que el Ministerio de la Guerra le concedía el honor de dirigir una expedición militar en tierras de Trípoli.

—¿Debo partir en seguida?—preguntó.

—Se le concede un plazo de ocho días... Usted se embarcará con las tropas en un transporte de guerra el 23 próximo.

Nada tan halagüeño como la distinción de que se le hacía objeto, y aunque el pensamiento de separarse de Angela le entristecía, la esperanza de la gloria militar mitigaba su tristeza.

—Ella se alegrará también—pensó.

Ignoraba que Angela tuviera el alma de luto por la muerte de su padre.

Rendidos los últimos honores al Príncipe, procedióse a dar lectura al testamento, ceremonia a la que asistieron—la una con el duelo en el alma y la otra con la frialdad en el semblante—dos enlutadas, Marta y Angela, y dos enlutados, el Conde y su hijo, además del notario y de la servidumbre del palacio.

El guardador de la fe pública expuso los motivos de la reunión y dió a conocer la última voluntad de Chiaramonte.

—Como entre los papeles del Príncipe sólo se ha encontrado el testamento hecho antes de nacer la segunda hija, Marta será desde hoy la única dueña y señora del Principado, y como el segundo matrimonio del Príncipe fué un matrimonio por amor, no reconocido por los fueros de la nobleza italiana, Angela no tiene existencia civil en las listas de la nobleza.

—Estas manifestaciones—dijo el Conde, levantándose—rompen mi contrato verbal de matrimonio. Mi hijo se ve precisado a retirar su palabra.

—¿Qué significa esto?—preguntó Angela.

—¡Cállate!—contestó su hermana, imponiéndole silencio.

Poco después, las dos hermanas se quedaron solas y un cambio brusco operóse en la actitud de la hija de la marquesa de Mola.

—Nada tengo que añadir a lo dicho por el notario. ¡Tú no eres nadie en esta casa!

—¿Por qué hablas así?—inquirió la niña rubia temblorosamente.

—Porque te odio y te desprecio, como odié a la intrusa de tu madre... Con sus lagoterías, ella se apoderó del corazón del Príncipe, como tú has hecho con el capitán Severi, el único hombre amado por mí.

La súbita revelación brotó de sus labios, acompañada de injurias.

—¡Tú, sin fortuna, vivirás como ella debió

vivir!... ¡Tú volverás a la nada, de donde ella salió!

—Yo nunca te hice daño—imploró Angela aterrada—. Yo siempre te quise... ¡Perdóname!

—¡Estás de más aquí!... ¡Vete!

Amedrentada, la pobre niña pretendió huir, y aun oyó decir a su hermana, que se dirigía a un criado:

—De hoy en adelante las puertas de esta casa están cerradas para esa mujer.

Tropezando, Angela subió a sus habitaciones.

—¡Padre, padre mío!—gimió—. ¡Lláname a tu lado!

Unas manos humildes se posaron en su cabeza.

—Mi casa es humilde, pero se honrará si usted acepta en ella un rincón.

A través del húmedo velo que empañaba sus ojos, Angela reconoció a su señorita de compañía y refugióse en su seno maternal.

II

El nuevo hogar de la que había sido educada en la abundancia, era modesto, sin ser pobre.

Los primeros días de esta nueva vida fueron tristes. Las mañanas, sobre todo, eran para la huérfana de dolorosa inquietud, hasta que la llegada del cartero, al no traerle noticias, volvía a sumirla en su pena.

—¡Nadie me escribe!... ¡Todos se olvidaron de la desheredada!

—Si el capitán supiera su escondite—la animó su compañera—, estoy segura de que aquí ya habría perfume de flores.

Las dos mujeres fueron sacudidas por idéntica emoción oyendo sonar la campanilla de la puerta.

—¿Quién será?—preguntó Angela.

La puerta se abrió y la joven llevóse las manos al pecho alborozado. Juan Severi acababa de entrar.



—¡Nadie me escribe!...

—¡Al fin he encontrado su casa!—exclamó el capitán—. Poca debe ser su confianza en mí, al no darme cuenta de sus desventuras.

Se encontraban solos. La amiga de Angela

se había retirado. Conservando entre las suyas las manos de su novia, Severi afirmó con súbito entusiasmo:

—¡Si usted quiere, el mundo será nuestro! Tengo que darle una noticia... Pero no hoy —añadió, cambiando de pensamiento.

—¿Por qué no?

Severi quiso estrechar a Angela contra su pecho, mas ella se lo impidió con gesto vivo, huyendo a un extremo de la habitación y ocultándose el rostro.

—¡Oh, qué horror!

—¿Qué es eso?

—¡Oh, no, no quiero decir lo que pienso de usted!

—¡Pues debe decírmelo!

La voz de la niña rubia sonó tímidamente:

—Yo soy la mujercita sin amparo, fácil a la aventura... Eso es lo que usted pensó al venir aquí y yo lo he adivinado... ¡Y no, yo no soy eso!

El capitán supo comprender aquellos temores y extrajo de un bolsillo de su guerrera la orden que le habían dado en el Gobierno militar.

—¿Quiere usted hacerme el favor de leer?

Turbada, indecisa, Angela leyó:

“El capitán Juan Severi, al frente de una compañía de ingenieros, debe realizar en Trípoli los penosos trabajos que la Patria necesita de él...”

Sus miradas se encontraron, y transfigurada de alegría, ella tendió las manos a su amigo.

—¡Perdón, Juan!... Mi situación me hizo suponer a usted tan malvado como los que hasta hoy me mintieron cariño... ¿Verdad que me perdonas?

Así, sin transiciones, nació el tuteo, símbolo de confianza.

Cogida en los brazos de él, Angela sonreía ahora. Pero el amor llegaba con una nueva amargura.

—Mañana zarpa el transporte con mis tropas—dijo él—. Yo puedo, sin embargo, rechazar ese cargo... quedándome a tu lado.

—No merezco ese sacrificio. Primero es tu gloria y la patria.

Se abrazaron, conmovidos, sin palabras con que expresar su emoción y su recíproco cariño.

Al día siguiente, una hora antes de la partida, el capitán vino a recoger a su novia para pasar con ella los últimos momentos que debían preceder a su embarque.

La señorita de compañía los acompañaba. Tomaron un coche, y ocultos a las miradas que habrían de reír desde el hielo de su indiferencia, los dos jóvenes se consolaron con promesas y caricias de la amargura de la separación.

Inesperadamente rasgó el aire la sirena del barco y el coche se dirigió al puerto. Una vez más, Juan abrazó a su novia y le impidió que bajase.

—Podrían verte.

Severi estrechó las manos de la señorita de compañía.



Se abrazaron, conmovidos...

—¡Cuidela! ¡Sea para ella como una madre!—le pidió.

Se separaron. A través de la mirilla posterior del coche, Angela le vió marchar, y pudo ver

a su novio saltar a una lancha, que arribó a un costado del transporte.

Luego... las hélices rompieron las aguas y el buque hendió las olas, dejando tras sí una estela de espuma blanca.

Cada corazón partía con rumbo a su destino.

Angela volvió a entrar en la ciudad, en Nápoles la bella, la urbe histórica que vive bajo la amenaza de un volcán.

Destacándose en la falda de la montaña, el observatorio parecía como un centinela dispuesto a dar la voz de alarma. Entre sus paredes, Hugo Severi, expuesto a las peligrosas emanaciones de las entrañas de la tierra, mostraba su último invento, el Volcanómetro, a unos cuantos sabios que habían ido a visitarle para conocer el funcionamiento de aquel aparato destinado a indicar el movimiento de ascensión de la lava.

—¿No ha tenido usted colaborador en sus trabajos?—le preguntaron.

—Mi hermano, el capitán Severi.

Y Hugo pensó: ¿En qué puesto de gloria y de peligro se hallaría su hermano a aquellas horas?

Habían transcurrido algunos días, y hacía ocho que el capitán, con las tropas a su mando, recorría las rutas del desierto.

Una noche, la compañía de ingenieros acampó cerca de un grupo de palmeras, en las que se ocultaba una partida de árabes.

Súbitamente sonaron varios disparos, y como una tromba, los merodeadores del desierto se arrojaron sobre el destacamento que mandaba Severi.

Se luchó. Corrió la sangre. Al amanecer, el desierto había recobrado su majestuosa calma. Sólo algunos muertos señalaban el lugar de la lucha. ¿Estaría entre ellos el capitán? Las mutilaciones de que los árabes hicieron objeto a sus víctimas no permitían reconocer a ninguno.

Mientras tanto, Angela, en espera del remanso de paz que él le había ofrecido, se ganaba la vida dando lecciones a unos cuantos niños.

Una mañana, hallándose en clase, su amiga le entregó una carta, venida en el correo de Africa. La desheredada se levantó rápidamente y dejó los niños al cuidado de su antigua señorita de compañía, corriendo a sus habitaciones para leer las palabras llenas de pasión de Severi.

...Mi esperanza es el brío que pusiste en tus palabras al jurar que me esperarías siempre..."

Angela sintió que sus ojos se humedecían y puso la carta sobre su corazón, oprimiéndola con las manos.

Debían ser alrededor de las once. Monseñor Saracinesca, que amaba paternalmente a la huérfana, apareció en la calle. Pasó un vendedor de periódicos y lo detuvo para comprar-

le un diario, inquieto por la noticia que voceaba:

Una catástrofe en Trípoli

Guardóse el periódico, después de leer la noticia y encaminó sus pasos hacia la casa de Angela.

Salió a abrirle la protectora de la muchacha, que comprendió, por la grave actitud del sacerdote, que se avecinaba un peligro.

—Despida a los niños—le dijo Monseñor.

Solos ya, Saracinesca la puso al corriente de lo que sucedía. Cambiaron una mirada viendo entrar a Angela, que se acercó vivamente al sacerdote.

—¡Hoy señalaré el día con piedra blanca! ¡Tengo carta de él y viene a verme un amigo de papá!

Desdobló el pliego e indicó a Monseñor las siguientes palabras que le dedicaba Juan:

"...Saluda a Monseñor Saracinesca y dile que él que fué quien te bautizó, será el que bendiga nuestros amores..."

Angela miró al anciano confesor de su padre y notó el gesto rápido que le hacía a su amiga. Tuvo entonces la intuición de una espantosa desgracia, y como para confirmar sus temores, oyóse el pregón de los vendedores de periódicos:

—¡La muerte del capitán Severi!

Un largo grito, un grito terrible, desgarrador como el de un animal herido de muerte, arrancóse de la garganta de la muchacha, que corrió a su alcoba para asomarse al balcón y saber quién era el que voceaba aquella horrenda noticia.

Y uno tras otro, los vendedores repitieron el pregón:

—¡La muerte del capitán Severi!

Quedó inmóvil. Todo su cuerpo sacudióse de arriba abajo y su mirada comenzó a perderse en el vacío de la inconsciencia.

Cuando Monseñor llegó hasta ella y la cogió en sus brazos para que no se cayese, Angela era un cuerpo frío, inerte, como si le faltase la vida. Habíase quedado rígida y su rostro tenía la expresión pavorosa de la locura.

Desde aquel día, en el hospital de las hermanas blancas de Santa Juana de Aza hubo una nueva enferma.

La vieron los médicos, y el director, expresando su opinión y la de sus compañeros, diagnosticó:

—La terrible emoción ha paralizado sus sentidos. Sólo se la podría salvar si se le hiciera comprender lo inmenso de su dolor.

—¿Y eso de qué manera?—preguntó Sara-cinesca.

—Puesto que la noticia de la muerte de Severi fué la que le hizo víctima de la conmoción

que sufre, es necesario que sea algo que se refiera al muerto lo que la cure... por ejemplo un retrato del capitán.



... era un cuerpo frío, inerte...

—El pintor Osvaldi le había hecho uno—dijo la señorita de compañía.

Osvaldi no tardó en presentarse, respondiendo al requerimiento que el director encargóse.

de hacerle, y el retrato de Severi fué colocado a los pies del lecho de Angela.

¿Se produciría la evocación?

Sobre el horizonte perfilábase la cumbre del Vesubio, coronada de su penacho de humo. Un poco más abajo, en el Observatorio, Hugo examinaba el Volcanómetro. De cuando en cuando un golpe de tos le arañaba el pecho. Su amor a la ciencia iba agotando su vida.

Angela permanecía en su lecho, con su rostro sin expresión. Sus miradas, dirigidas al techo, cayeron abatidas y se fijaron en el retrato. La enferma pasóse las manos por el rostro, y se incorporó, atraída por el lienzo. Sus brazos se tendieron hacia Severi y se levantó, dirigiéndose hasta el retrato. Las yemas de sus dedos acariciaron la tela pintada. Arrodillóse a su lado y comenzó a besar la imagen de Juan. Y una lágrima desprendióse de sus ojos, dando vida a su corazón.

Los sollozos se sucedieron bruscos, sin pausas. Pero faltaba aún la palabra reveladora de que ella sentía y conocía, y la palabra brotó:

—¡Juan, mi Juan!... ¿Por qué me abandonaste?

Instantes después, el doctor decía a los amigos de Angela:

—¡Salvada!

Una semana más tarde, Angela, en plena convalecencia, paseábase por los jardines del hospital con Monseñor y le expresaba su firme

propósito de ingresar en la orden de las hermanas blancas.

—¿Para qué salir de este ambiente?—dijo—. ¡Aquí podría sacrificarme ayudando a tanto desvalido, por amor al que nunca he de volver a ver.

Monseñor comprendió que la resolución de la joven estaba demasiado arraigada y no trató de disuadirla.

* * *

¡Juan Severi no ha muerto!

Vivía, muriendo, junto a un compañero de cautiverio, que se salvó con él de la matanza la noche trágica en que una partida de merodeadores árabes asaltó el campamento de las tropas italianas.

Han transcurrido dos años. Severi es como un muerto para el mundo. Por creerlo así, Angela, vistiendo el hábito de las novicias, se prepara para ingresar en las filas rumorosas de las esposas del Señor.

Un día en que los árabes salieron a sus correrías por el desierto, el capitán pensó intentar la fuga y se lo dijo a su compañero. Pero éste, agotado por los sufrimientos, agonizó al poco.

Era entonces cuando Angela empezaba a despedirse del mundo. La víspera de su profesión, la novicia visitó la tumba erigida a los héroes muertos en Trípoli y oró breves momentos, de-

dicando un último recuerdo a la única pasión de su existencia.

—¡Por tu nombre—dijo—sacrifico mi vida!

Y era entonces cuando Severi, engañando al centinela, le daba la muerte y se fugaba, marchando hacia la vida.

En su celda, Angela oía a la Madre superiora:

—¡Piense, hermana, que sus votos serán eternos!

—Lo sé, Madre.

Se pasó la noche en oración. Al amanecer, mientras allá, en Africa, Severi, tras penosa marcha, llegaba a un puesto de la costa donde flameaba la bandera de Italia, Angela vestía las galas de las que se desposan con el Señor.

Viéndola, la monja más vieja sintió cierta melancolía, adivinando otra vida de fracaso en el mundo.

Severi embarcábase a la misma hora para volver a su patria, acuciado por una dolorosa impaciencia. ¿Qué sería de Angela? Recordó sus palabras el día de su partida:

—¡Te esperaré siempre, siempre!

He aquí que las campanas anuncian alegremente el alba de una vida de pureza. Se va a celebrar la consagración de una nueva doncella en la capilla del hospital.

En el lugar destinado a los fieles, ha aparecido Marta de Mola, deseosa de asistir a la definitiva derrota de la que fué su rival.

Comienza la ceremonia. En pie, delante del sacerdote. Angela se inclina temblorosa. Unas



Y fué sacrificado su mejor ornato de mujer.

manos desatan los cordones que sujetan su túnica, y las monjas rezan:

—Por el dolor de su vida, renuncia a las galas del mundo.

De rodillas en el altar, la novicia se va des-

pojando de todo lo que la ataba al mundo. Luego un acólito trae una bandeja, de la que toma el sacerdote unas tijeras para cortar los cabellos de la profesa.

Y fué sacrificado su mejor ornato de mujer.

Y hubo una mujer menos en el mundo y una sierva más del Señor.

... ..

Y Severi, que navegaba con rumbo a Italia, pensaba que su prometida le estaría esperando.

III

Dos semanas hacía que Angela, cumpliendo su misión de enfermera, prestaba sus cuidados a Hugo, cuyos pulmones estaban envenenados por las emanaciones del volcán.

La gravedad de su estado impulsó al director del hospital a trasladar el enfermo a una de las salas de Santa Juana de Aza, donde Angela le seguiría asistiendo.

Juan Severi tuvo noticia de la enfermedad de su hermano a poco de desembarcar. En el puerto le esperaban un comandante y un oficial secretario, con los que se dirigió a las oficinas del Gobierno militar, donde expuso las circunstancias del fin desastroso que tuviera la compañía a sus órdenes en medio del desierto.

Allí fué donde supo que Hugo había sido conducido a Santa Juana de Aza.

—Visítele usted—le dijo su jefe inmediato—. Después tomará posesión de su plaza. Como él es usted ingeniero y conocerá el secreto de los aparatos que utilizaba el profesor para sus observaciones.

Con el ánimo deprimido, encaminóse al hospital, en el que se hallaba en aquel momento Marta, que había ido, cumpliendo una tradición de su familia, a llevar la donación que todos los años hacía el Principado a la santa casa.

Las dos hermanas se encontraron y en los ojos de Angela lució una llamarada de desprecio.

—¡Es rencorosa!—exclamó Marta—. ¡Yo creí que en las puertas de esta casa se dejaban todas las pasiones!

—¡Virgen mía, dame resignación!—imploró en voz baja la desheredada, herida por la ruda ofensa que acababan de hacerle:

La campana de la calle sonó anunciando un nuevo visitante. Salió a abrir la hermana tornera.

—¿El profesor Hugo?

—Tenga la bondad de esperar. Avisaré a la hermana que lo cuida.

Juan entró. Unos pasos se deslizaron cerca de él. Los ojos de Angela y Severi se encontraron, y en el fondo de las almas los dos leyeron la horrible tragedia que los separaba.

—¿Tú, Angela?... ¡Yo soy aquel al que prometiste esperar hasta la muerte!

La voz del capitán hizo revivir un segundo el amor, y olvidándose de su condición, ella no rechazó al hombre que la estrechaba en sus brazos. Súbitamente la proximidad de los labios de Severi que buscaban los suyos, le hizo recordar la naturaleza de los votos que había hecho.

—¡Sacrilegio!—gritó, desprendiéndose de su prometido.

Aparecieron monseñor Saracinesca y la Superiora. Angela, aterrada, huyó hacia su celda, y una reja cortó el paso a Juan.

—¡Abrid esas rejas!—clamó él—. ¡Esa mujer es mía!

En su celda, la huérfana, postrada a los pies de un crucifijo, imploraba su ayuda.

—¡Devolvédmela!... El Señor no puede exigirme que renuncie a la mujer que se prometió a mí.

Las palabras de Saracinesca lograron calmarlo un poco, y Severi dejóse conducir por el sacerdote, que lo llevó a su casa, prodigándole el humano consuelo de la resignación.

También Angela sufría. Sollozando, la sierva rogaba a la Superiora que la sostuviera en aquel trance.

—¡Madre! ¡Déme fuerzas para resistir la tentación!

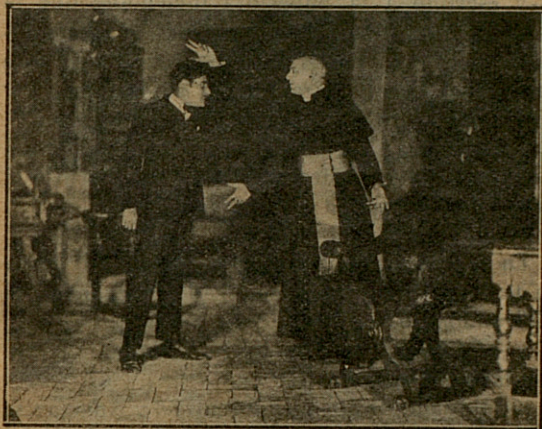
—¡Nada temas! ¡Tú fuiste la que se apartó de su lado!

—¡Pero mi alma se desgarró al hacerlo!

—No importa. Procura que la oración no deje

tus labios, que las malas saetas no lleguen a tu corazón, y siempre sabrás resistir.

Los días pasaron, y la turbulencia de las pasiones tuvo un reflejo en la montaña de las gran-



—¡Devolvédmela!

des tragedias. Comenzaban a oírse ruidos subterráneos; en las entrañas de la tierra la lava incandescente pugnaba por abrirse paso.

Juan Severi, alejado voluntariamente de sus amistades, vivía recluso en el Observatorio del Vesubio. Su hermano había muerto en la sala

de Angela, que tuvo para el doliente cuidados de madre más que de enfermera.

En sus horas de desesperada melancolía, Juan acabó por idear una astucia para ver a la deseada—a cuyo amor no había renunciado aún—y escribió a la Superiora diciéndole que la misma enfermedad que arrebatará a Hugo, hiciera presa en él, por lo que le rogaba que le enviase a Angela para que lo cuidase.

La Superiora leyó la carta a la profesora.

—Hija mía: Ha sonado para ti la hora del peligro. El nuevo director del Observatorio está enfermo. Es preciso que vayas a cuidarle. Hoy mismo subirás a la montaña.

La impaciencia consumía a Severi. Al llegar la tarde despidió a los empleados y examinó el Volcanómetro.

—¡Se acerca la erupción!—exclamó.

Llamaron a la puerta.

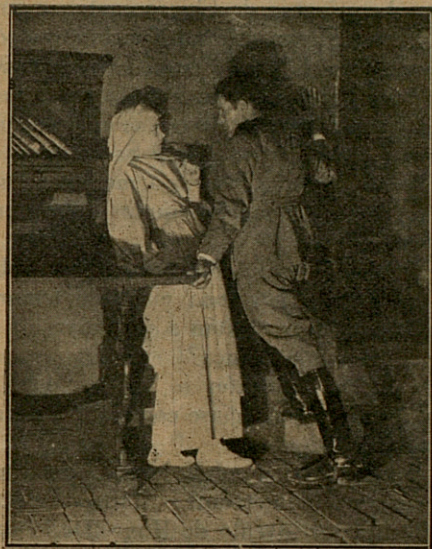
—¡Por fin!—dijo viendo entrar a Angela; y, antes de que ella hubiese podido evitarlo, echó la llave.

La hermana blanca retrocedió amedrentada.

—Estás en mi poder. He mentado para que vinieras... No te irás sin escucharme... ¡Yo te amo aún! ¡Yo no he dejado de quererte! Cuando juraste cumplir los votos, suponías que yo había muerto. Pues bien, es necesario rectificar esos votos. ¡El Santo Padre puede desligarte de tu juramento!

—¡Mis votos son eternos!

Con un movimiento brusco, ella tomó el crucifijo de su rosario y se lo mostró a Severi.



... tomó el crucifijo de su rosario y se lo mostró...

—¡Respete usted el símbolo al que juré eterna fidelidad para pedirle consuelo a mis penas!

El capitán, enloquecido por el dolor, golpeóse la cabeza, con los puños. Era la suya una lucha

de titanes, en que las almas se consumían en una agonía horrenda.

Mientras tanto, los criados de Severi, comprados por la princesa de Chiaramonte, se presentaron en su palacio para notificarle la entrevista que se estaba celebrando en el Observatorio.

Mordida por los celos, Marta, que aun confiaba ganar el amor de Severi, mandó enganchar el coche y corrió a prevenir a Saracinesca.

Hecha su delación, volvió a montar en su coche y ordenó que la condujeran a la montaña siniestra.

Detrás de ella salió Monseñor. Marchaba de prisa, acometido por toda clase de temores.

¿Se atrevería el capitán a profanar los hábitos de la hermana blanca?

Una extraña opresión se sentía en el aire. La Naturaleza estremecíase con los más terribles presagios.

En el Observatorio, el Volcanómetro comenzó a dar señales inquietadoras. Ráfagas eléctricas hacían vibrar el invento de Hugo. De la corteza terrestre filtrábanse a oleadas chorros de sustancias incandescentes y humos y vapores de azufre. Y la lava empezó a ascender, abriendo grietas en las laderas de las montañas.

Angela y Severi seguían allí, defendiéndose de sí mismos, convulsos y estremecidos como el volcán.

Ante la tenacidad de Severi, ella acabó por acusarle:

—¡El verdadero amor no es capaz de enlodarse con una falsedad!

—Por ti yo soy capaz de todo.

Angela cubrióse el rostro con las manos.

—¡Amar es sacrificio!... ¡Poseer es egoísmo!

—¡Amar es vivir!—protestó él.

Cogió una pluma y se la ofreció:

—¡Firma ese pliego dirigido a Su Santidad!

¡Lo apoyarán las autoridades militares y el Rey, si es preciso!

Ella extendió el brazo con gesto decisivo.

—¡Jamás!

Miró al capitán con pena, con amargura, con desprecio.

—Ese es el honor de los hombres—dijo—.

¡Me avergüenzo de haber hablado con usted antes de ahora!

Se oyó un lejano bramido y la tierra tembló, haciendo vacilar todo lo que sostenía sobre ella. Y en la lucha de las pasiones, venció al fin la pureza.

Poniéndose de rodillas, Juan besó la orla de los hábitos de Angela y sollozó:

—¡Perdón, santa mía!

Las manos de la hermana blanca se posaron en su cabeza.

—¡Olvidemos nuestro pasado, para gozar con la grandeza del sacrificio de hoy!

—¡Hermana del amor hermoso, del amor divino, perdón para el que no tenía otra ley que su cariño!

Severi levantóse y entregó a Angela la llave de la puerta.

—¡Hasta nunca!... ¡Hasta que la luz de la pureza nos abra los ojos en la eternidad!

Y santificados por un nuevo amor, los antiguos prometidos se separaron. Y la montaña, como las almas, se estremecía con las torturas de las convulsiones internas.

Al mismo tiempo, el coche de Marta de Mola marchaba a velocidad vertiginosa camino del Observatorio. Un humo denso, irrespirable, caía sobre la carretera. La Princesa comenzó a sentir síntomas de asfixia.

—¡Baja la capota!—ordenó al lacayo.

De pronto la tierra retembló, y los caballos, poseídos de súbito espanto, se desbocaron, emprendiendo una carrera terrible. El coche daba bandazos, bordeando el abismo que se abría a los lados de la carretera. Una de sus ruedas chocó, y Marta fué precipitada por la escarpada pendiente.

Un hombre avanzaba entonces hacia el Observatorio. Era Monseñor, quien, ahogándose al respirar el aire envenenado de la atmósfera volcánica, llegó hasta el sitio en que temía que Angela estuviera aún.

Ya iba a entrar cuando vió salir a Severi, el cual, montando a caballo, lanzóse por el camino para avisar a los moradores de los pueblos próximos, dispuesto a morir dando la vida a

los que estaban en peligro de ser devorados por las furias de la tragedia.

Convencido de que había llegado tarde, el sacerdote volvió sobre sus pasos.

El viento empujó una nube de ceniza blanca. Sucedianse los estampidos del volcán. Trombas de piedras abrasadoras, de tierra calcinada y de lava bullidora descendían por las laderas de la montaña.

Hacía una hora que Marta fuera precipitada en el abismo. Al desmayo producido por el dolor, pronto siguió un vivo deseo de salvarse. Cubierta de sangre, hizo un esfuerzo y se puso en pie. Y, arrastrándose, fué pidiendo auxilio.

Entretanto, como un jinete llevado en alas del viento, Severi pasaba por los poblados dando la voz de alarma:

—¡Pronto! ¡Todos a la llanura!... ¡La lava se acerca!

Vacilando, Marta pudo llegar a un monasterio que existe cerca del Vesubio, célebre porque el volcán lo ha respetado siempre.

La princesa de Chiaramonte arrastróse hasta el altar, cuyo paso cerraba una reja. Sus brazos golpearon el obstáculo.

—¡Perdón para mis culpas!—sollozó—. ¡Confesión!

Una tormenta, a la que contribuían todas las fuerzas del volcán, desencadenóse montaña aba-

jo. Las fauces del Vesubio arrojaban una lluvia de fuego sobre los campos.

Severi llegó a un pueblecito y tuvo que prestar ayuda a una madre que le pedía que salvase a sus hijos.

Marta de Mola no había logrado penetrar aún en el sagrado recinto. Sentía que la muerte le rondaba y redoblaba sus esfuerzos por aproximarse al altar.

—¡Piedad!—gimió.

Empujó con todo su cuerpo; las puertas cedieron y ella fué a caer en las gradas del altar, donde quedó inmóvil, con un desmayo detrás del cual debía iniciarse la agonía.

Sonaron unos pasos leves, y Angela apareció atormentada por sufrimientos físicos y morales. Al ver a Marta, un instante el desprecio y la caridad lucharon en su alma, y la caridad venció.

La princesa de Chiaramonte volvió en sí.

—¡Perdón, Angela!... ¡Reza por mí para que me sea perdonado el mal inútil que te he hecho!

Reclinada en el regazo de la monja, Marta le

confesó todos los crímenes de que le hiciera víctima.

Empezaron a llegar los vecinos de los pueblos próximos, que buscaban en el monasterio un refugio contra las iras desatadas del Vesubio.

Por los campos en sombras, las caravanas de los que huían marchaban perseguidas por la desolación.

Después de librar del peligro a multitud de infelices, Severi encontrábase ahora con dos niños que dificultaban sus movimientos.

De pronto, repetido por cien bocas, resonó este grito:

—¡Se ha desbordado el río!

Los ojos se volvieron para mirar las aguas que, rompiendo sus cauces, se precipitaban sobre el poblado. Un rumor de catarata invadió las calles, y hombres y niños, mujeres y ancianos fueron envueltos por las aguas.

Sólo el monasterio continuaba siendo una isla en que reinaba la paz en medio de aquel mar de embravecidas olas. Sólo en él no entraba la muerte.

Sintiendo que la esperaba el sepulcro, Marta quería rescatar sus culpas obteniendo el perdón de su hermana.

—¡Mi fortuna es tuya! ¡Tuyo es el palacio!... ¡Santifícalo con tu presencia!

La moribunda tuvo aún el consuelo de que un sacerdote le absolviera de sus pecados. Mon-

señor, que había podido llegar hasta el monasterio, se hallaba a su lado.

—¿No me guardas rencor?—preguntó a Angela.

—Te perdono, como Dios perdona a los que se arrepienten.

Sus párpados se cerraron y un estremecimiento final anunció la muerte de aquella pecadora que, en sus últimos instantes, supo encontrar la senda del perdón.

También para Severi se aproximaba el momento que debía coronar su sacrificio.

Sus esfuerzos tenían que multiplicarse para impedir que se ahogaran los niños que llevaba en brazos.

Abrióse una enorme ola. Severi la vió venir y quiso apartarse. No tuvo tiempo. Entonces renunció a la lucha. Iba a sucumbir. ¿Para qué, después de todo, la vida sin amor?

Hundido en la corriente hasta el cuello, su cabeza sobrenadó unos segundos. Y, dominando los horrores de la catástrofe, su voz rezó:

—¡Adiós, Santa Angela, hermana blanca!... ¡Adiós!

En el transcurso de varios meses, los campos despidieron el vapor de la tierra carbonizada.

El palacio de Chiaramonte, convertido en asilo, resonaba con cánticos de paz.

Y en una mañana de sol, el pueblo congregóse frente al palacio para rezar por aquel que supo morir por salvarlos.

En el balcón de la fachada central, Angela, con sus compañeras de religión, unía sus rezos a los del pueblo.

Detrás de ella, Monseñor Saracinesca bendecía a los fieles.

Y mientras las campanas cantaban la gloria del sacrificio y la multitud elevaba sus plegarias al cielo, la santa rubia, la hermana blanca, vertía dulces lágrimas, ofrenda al prometido que se sacrificó porque la amaba mucho.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbarrá, 16; Madrid: Caños, 1

La Novela Cinematográfica del Hogar

**aparece los sábados y sólo publica
asuntos de buen gusto**

- Número 1: **Puertas cerradas**, por Virginia Valli.—Postal-bicolor: JANET GAYNOR
 Número 2: **Madre pecadora**, por Irene Rich.—Postal-bicolor: CHARLES FARRELL
 Número 3: **Estrella simbólica**, por George O'Brien y Sue Carol.—Postal-bicolor: MARY DUNCAN
 Número 4: **La Lasa del Pasado**, por Donald Keith y Helen Foster.—Postal-bicolor: EDMUND LOWE
 Número 5: **La mujer de Satanás**, por Marcela Albani y Jack Trevor.—Postal-bicolor: POLA NEGRI
 Número 6: **Jimmy, el misterioso**, por William Haines y Lella Hyams.—Postal-bicolor: MAURICE CHEVALIER
 Número 7: **Nueva mujer, nueva vida**, por Dorothy Sebastián, Pat O'Malley y Harry Murray.—Postal-bicolor: JULIETTE COMPTON
 Número 8: **Amanecer**, por George O'Brien y Janet Gaynor.—Postal-bicolor: CHARLES MORTON
 Número 9: **Tras la cortina**, por Lois Moran, Warner Baxter, etc.—Postal-bicolor: FAY WRAY
 Número 10: **Los misterios de Londres (La divina pecadora)**, por Anita Stewart, Creighton Hale y Francis Ford.—Postal-bicolor: DAVID ROLLINS
 Número 11: **En la vieja Arizona**, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe.—Postal-bicolor: MARY PICKFORD
 Número 12: **Honrarás a tu madre**, por Mary Carr.—Postal-bicolor: GARY COOPER
 Número 13: **Nobleza baturra**, por Ino Alcubierre.—Postal-bicolor: GRETA GARBO
 Número 14: **Su Majestad El Amor**, por Harry Liedtke, Edda Croy.—Postal-bicolor: JOHN MAC BROWN
 Número 15: **Amor siniestro**, por Renée Adorée, Thomas Meighan, etc.—Postal-bicolor: ESTHER RALSTON
 Número 16: **Eugenia Grandet**, por Rodolfo Valentino y Alice Terry.—Postal-bicolor: NEIL HAMILTON
 Número 17: **Ana contra el mundo**, por Shirley Mason y Jack Mower.—Postal-bicolor: LEILA HYAMS

**Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

Orquídeas salvajes
El caballero
Egoísmo
La máscara del diablo
El pan nuestro de cada día
Vieja hidalguía
Posesión
Tentación
La pecadora
El beso
Ella se va a la guerra
Los hijos de nadie
El pescador de perlas

SANTA ISABEL DE CERES

Adaptación de la genial obra de
Alfonso Vidal y Planas

Acaba de aparecer:

LAS DOS HUERFANAS

por LILIAN Y DOROTHY GISH

En preparación:

LA CANCIÓN DE LA ESTEPA

por LAWRENCE TIBBETT

La Novela para Todos

Números publicados:

1. Mary la buena, Mary la mala, por Manuel Reinlein Sotomayor.—2. La que no pudo ser mala, por Sara Insúa.—3. La estrella de los montes, por R. Merchán Vargas.—4. Ella, Él y el perro, por Jorge Clary.—5. Alicia, la divina amante, por L. Linares Lorca.—6. Una mujer extraña, por Mariano San Ildefonso.—7. Se necesita un socio capitalista, por C. Montellano.—8. Gente de ahora, por Antonio Guardiola.—9. La Nochebuena en el penal, por Alfonso Vidal y Planas.—10. Marta, prima de Gertrudis, por Domingo de Fuenmayor.—11. El cantador de fangos, por Francisco-Mario Bistagne.—12. Mercedes, Paco y el otro, por L. Linares Lorca.—13. Si me engañas... por José Reygadas.—14. El tímido y el audaz, por Manuel Reinlein Sotomayor.—15. Señorita de Ciudad, por Alejandro Pons.—16. Una mujer, un hombre, una ciudad, por Antonio Otero.—17. Dos mujeres y un hombre, por Domingo de Fuenmayor.—18. ¡Tu mujer es muy bonita!, por Regina Opisso.—19. El maleficio de una mujer, por Juan Soler y Raventós.—20. El león, con ser león... por Antonio Amador.—21. El caso del doctor González, por Benigno Bejarano.—22. Marión, la compasiva, por José Reygadas.—23. Una burguesita, por Antonio Guardiola.—24. Perversidad, por José María Huertas y Ventosa.—25. Dora y Angeles, por José Baeza Valero.—26. Enemigo de la ciencia y parricida, por Alfonso Vidal y Planas.—27. En flagrante delito, por Felipe Pérez Capo.—28. Juan Martín, el fogonero, por José Reygadas.—29. Los caminos cerrados, por Alejandro Bellver.—30. La ciudad de los vencidos, por Don Nadie.—31. Un tipo original, por Manuel Reinlein Sotomayor.—32. Tórtola, la del cabaret de la Concha, por C. Fernández La Granda.

Precio: 30 cts.

Le conviene adquirir rápidamente,
porque se está agotando, la famosa
novela de

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

La Vida, el Deseo y la Víctima

Es la obra cumbre del popular novelista, cuyas famosas producciones, traducidas a los más importantes idiomas, están alcanzando un éxito mundial.

De venta en todos los quioscos y librerías de España y América. **5 pesetas** ejemplar

Recuerde usted este título:

Mudo y sonoro

Revista cinematográfica popular semanal de
EDICIONES BISTAGNE

En breve:

La publicación optimista

J A J A Y

de EDICIONES ADÁN Y EVA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

=Teléfono 18551 - BARCELONA=